HISTORIA DE LA TEORÍA Y LA CRÍTICA LITERARIA EN GRAN BRETAÑA Y ESTADOS UNIDOS

Isabel NAVAS OCAÑA

(Madrid: Verbum, 2007, 328 págs.)

El libro de Isabel Navas Ocaña, profesora Titular del área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada (Universidad de Almería), nos incita a efectuar un progresivo recorrido por lo que se denomina *la historia del pensamiento literario*, recorrido que nos llevará cronológicamente por los distintos ángulos en los que ha evolucionado y se ha enriquecido la teoría y la crítica literaria en la esfera angloamericana.

A manera de exordio, la profesora Navas Ocaña nos presenta un panorama titulado *Identidad nacional y pensamiento literario*, donde se sugiere asiduamente la necesidad de abordar la historia de las teorías literarias desde una óptica nacional; denunciando por ende la búsqueda en los últimos tiempos de una especificidad de los objetos de estudios en los *curricula* universitarios, como lo denotan las variadas publicaciones sobre distintas teorías literarias nacionales. Así, frente a la troncalidad del área de *Filología Hispánica* Navas Ocaña predice que «este perfil generalista tiene todos los visos de volverse a imponer, incluso a riesgo de seguir ofreciendo una imagen intemporal y ahistórica de la teoría literaria» (Navas Ocaña, 2007: 20), y esto

parece preocupar considerablemente a la autora, constituyendo un eje central de esta *Introducción*.

En el capítulo I, titulado *La tradición griega y romana. Un punto de partida*, el libro nos inserta en un enriquecedor camino inaugural para toda discusión reflexiva sobre el basto campo de la literatura. Nos invita a indagar los principales lineamientos teóricos de la Antigüedad para así lograr una mejor aprehensión de las etapas posteriores. Actuando como cimiento del libro, y a su vez cimiento de toda teoría literaria, este capítulo abarca los conceptos claves para todo trabajo que pretenda exponer rigurosamente los períodos de la crítica literaria, permitiendo a todo lector transitar por los senderos insoslayables de la emergencia crítica en la Antigüedad, aportando así nuevas perspectivas al *corpus crítico*, tal como se puede apreciar en el clásico trabajo de Erich Auerbach *Mímesis*, o en el de Arnold Hauser *Historia social de la literatura y del arte*, o también en la reciente reedición de la *Historia de la crítica literaria*, de David Viñas Piquer. Platón, Aristóteles, la Gramática, la Retórica, la aportación horaciana, entre otros, son los puntos obligatorios a los que se debe transitar para comenzar el recorrido del presente trabajo, y que constituyen herramientas imprescindibles para todo recorrido por el devenir de la crítica literaria.

En el capítulo II, titulado *La tradición medieval*, Navas Ocaña ahonda en la inserción de los rasgos definitorios de la cultura latina en el ámbito anglosajón, siendo muy esclarecedor efectuar nuestro recorrido desde la óptica de la recepción y la potencial adaptación de dicha cultura gracias a los llamados *precursores*. El denominado *Renacimiento carolingio* creará un espacio de reflexiones que constituirán el caldo de cultivo para las nuevas manifestaciones culturales en la Alta Edad Media. Alcuino de York y Juan Escoto Erígena son dos claros exponentes de este período en la evolución del pensamiento anglosajón. En este orden nuestra mirada se detiene en la emergencia de las primeras teorías en lenguas vernáculas: anglosajón, irlandés y galés; la figura del *Scop,* del célebre poema épico *Beowulf* y la *Escuela de Chartres* con Juan de Salisbury son algunas de las paradas inevitable en nuestro tránsito por esta etapa medieval. El rol de la *Retórica* y el de la *Escolástica* cierran el presente capítulo, teniendo como epílogo una *Conclusión* que nos reordena someramente el apartado.

El capítulo III, *El ciclo clasicista,* se abre con la irrupción del *Humanismo* en el siglo XVI, siendo Inglaterra un territorio donde acaecen importantes manifestaciones en el desarrollo de teorías y discusiones conceptuales; las

aportaciones del poeta Sir Philip Sydney y el ambiente literario que promueve el período isabelino son dos claros ejemplos del desarrollo intelectual inglés de esta época, acompañado por un contexto revisionista propio del Renacimiento occidental; concomitante a ello, las cuestiones métricas entrarán en escena de debates. La senda nos enfrenta con el impacto del *Racionalismo* del siglo XVII y con las importantes aportaciones de Milton, Spencer y Bacon, y donde aparece con este último la necesidad de contar con una *historia literaria* propiamente dicha. Al respecto, la autora nos detalla que «Él fue de los primeros en señalar la necesidad de una Historia Literaria y Artística, que igualara en importancia a la Historia Natural, a la Civil o a la Eclesiástica» (Navas Ocaña, 2007: 126), junto con esta innovación emerge el término *crítica literaria*.

Con la *Ilustración* el capítulo nos ofrece una mirada muy detallada sobre el concepto de *Estética* y de *Belleza*. Respecto al primero, se desarrollan las contribuciones de Francis Hutcheson con su primer tratado de estética y su vinculación con el gusto; David Hume en 1757 participa en estas discusiones sobre la belleza y Alexander Pope se consagrará como el artista crítico por antonomasia. Si en nuestro itinerario habíamos visto la necesidad de una historia literaria, ahora Navas Ocaña nos presenta el surgimiento de una *historia de la crítica* de la mano de James Harris en la década de 1750.

Dos últimas consideraciones cierran el presente capítulo: por un lado, el papel de las mujeres en el ejercicio de la crítica literaria, campo de fuerte presencia masculina y hasta con ciertas expresiones misóginas. La autora enumera los trabajos de Hannah More, Mary Wortley Montagu y Charlotte Lennox, que son representantes de este movimiento sin duda innovador a la sazón. Por otro lado, el libro nos introduce en las primeras manifestaciones críticas producidas en territorio norteamericano, donde hallamos a Cotton Mathe y William Bradford, entre otros, que van delineando su propio estilo escriturario, y que obedecen a que «la independencia política de Inglaterra trajo consigo un intenso deseo de crear una literatura también absolutamente independiente de los modelos ingleses» (Navas Ocaña, 2007:180). Una *Recapitulación* excelentemente clara nos da un panorama sobre las principales líneas de interpretación de este capítulo.

El capítulo IV, titulado *El siglo XIX*, presenta en primer lugar el binomio clasicismo - romanticismo de la mano de Byron y de William Wordsworth; los cambios de visión que se manifiestan en el terreno poético estarán dados en Coleridge, ya que el «pensamiento organicista, procedente de Schelling y Schlegel, caló de manera especial en Coleridge, convirtiéndose en el eje de

su estética» (Navas Ocaña, 2007: 196), lo que por su radical contribución asistimos a una amplia exposición de sus postulados. Se rescata por su valor en el pensamiento crítico la obra de George Saintsbury, como así también el apartado denominado *Arte por el Arte*, donde se exponen las aportaciones fundantes de John Keats, de Thomas de Quincey y de Oscar Wilde, complementando a ello la sección *Teorías sobre el realismo*, donde encontramos a George H. Lewes y a Mary Ann Evans, conocida como George Eliot. Este horizonte textual nos ofrece un abanico sustancioso para nuestro acercamiento a los principales exponentes del quehacer crítico literario en el ámbito anglosajón de la época victoriana.

Cerrando el capítulo, nuestra ruta se inserta en la esfera norteamericana con la emergencia del corpus denominado *literatura nacional* del siglo XIX; Edgar Allan Poe, Ralph W. Emerson y Walt Whitman constituyen los tres exponentes indiscutidos que consolidan la cristalización del trabajo crítico en Estados Unidos, y que inauguran, sin lugar a dudas, la proyección de Norteamérica en el canon occidental. El apartado *Teorías sobre el realismo*, siguiendo en el horizonte norteamericano, nos acerca a Hawthorne, a Melville y muy especialmente al recordado Henry James, cuyo rol en la novelística norteamericana ahondó tan profundamente que su consolidación resonó en el campo textual occidental. Con él nuestro maravilloso recorrido llega a su fin, no sin antes habernos enriquecido con las distintas perspectivas que Navas Ocaña nos ofrece para perpetuarnos en el extraordinario mundo de la teoría y la crítica angloamericana.

Nuestro deseo con esta exigua descripción es que todo lector que se enfrente con el libro de Isabel Navas Ocaña logre asir gustosamente sus múltiples entradas al fascinante mundo de la crítica literaria, y que realice, como nosotros hemos hecho, un viaje cultural de manera activa, explorando, analizando y reflexionando críticamente los postulados y las variantes teóricas que nos presenta claramente esta magnífica obra académica. Se requiere de un lector activo, un viajero que se interne en este universo de la crítica y que lo recorra tal como hace Diego Saavedra Fajardo en su *respublica litterarum*. Así concibamos este libro de Navas Ocaña como una *polis* donde se nos permita desplazarnos libremente, con nuestras propias entradas, salidas y tensiones, y donde en cada calle nos internemos en las variantes literarias que nos ofrece el pensamiento anglosajón. Representemos con nuestra lectura aquello que Saavedra Fajardo nos dice cuando «descubrimos en medio de una florida vega una ciudad hermosa, la cual me dijo que era la República Literaria. Apacentaba en ella los ojos con intensa alegría, porque en la variedad de sus edificios, belleza de sitio y serenidad de cielo representaba Pa-

raíso» (Saavedra Fajardo, *República Literaria*, Barcelona: Editorial Crítica, 2006, pág. 141, de la edición de Jorge García López).

Por último, es de rescatar el brillante uso de la técnica historiográfica y bibliográfica que se disemina a lo largo del libro y que permite la orientación del lector en su recorrido, tanto para aquellos lectores experimentados y poseedores de certezas y/o disidencias, como para aquellos menos conocedores, donde puedan sujetarse de un *hilo conductor* como guía para un mejor aprovechamiento de los conocimientos vertidos, tal como explica la autora al comienzo: «estableceremos, por tanto, un hilo que nos conduzca desde Grecia y Roma, el punto obligado de partida, hasta los albores del siglo XX» (Navas Ocaña, 2007: 17). Por otro lado, la síntesis exacta de los apartados permite una clara comprensión de las nociones y de las teorías expuestas, evitando de manera asombrosa no caer en una superficial exposición conceptual y a la vez no transformarse en un engorroso laberinto de proposiciones. Todo esto permite que el libro de la profesora Isabel Navas Ocaña transcienda las fronteras geográficas y espaciales, permitiendo su estudio y aplicación para otras áreas curriculares, nutriendo así el ejercicio comparatístico, del cual su autora es una profunda conocedora.

Damián Leandro Sarro
Universidad Nacional de Rosario (Argentina)